

III.

La prima.

Algún tiempo después se encontraron en casa de una de las veinte Duquesas del barrio de San Germán. Esther estaba de moda. Se hablaba de su virtud lo mismo que de su talento. Se la invitaba en todas partes, bien para representar una escena de Corneille, ó para recitar una fábula de La Fontaine.

En la Abbaye-aux-Bois había entusiasmado á M. de Châteaubriand y Mad. de Recamier, haciendo una verdadera comedia de la fábula de La Fontaine, *La Encina y la Caña*. Era digno de verse cómo tan pronto tomaba la actitud altiva de la una, como la fugaz flexibilidad de la otra. El gran fabulista hubiera estado en la gloria viendo su fábula puesta en escena. He aquí lo que nos hace tener lástima de todos esos cuentos, de no sé qué y por no sé quién, que se nos declaman desde hace algunos inviernos. En una simple fábula, Esther encontraba la manera de desplegar todo su talento cómico y dramático.

Salió de la Abbaye-aux-Boix con el bautismo de Châteaubriand. «Es la hija de los Gracos,» dijo, después de haber dicho de Víctor Hugo: «Es el niño sublime.»

Cuando Esther volvió á encontrar á su amigo, en casa de la duquesa de C***, notó que no se separaba del lado de una joven muy avispada y despierta, que parecía escucharle con gran complacencia. Sintió arder en su pecho el infierno de los celos; sin embargo, cuando el joven se acercó á saludarla, le recibió con su acostumbrada sonrisa, dulce y altanera al mismo tiempo.

—¡Oh! Me considero dichoso al volver á ver á V.

—¡Oh! ¡Me juzgo dichosa al encontrarle!

No podían decirse ninguna ternera, porque todo el mundo los veía y escuchaba, y la impecable Esther hubiera perdido algo de su prestigio. Sin embargo, preguntó á M. de Ravigny el nombre de la persona á quien había estado hablando.

—Es mi rima, la señorita de***

—¡Oh! Un gran nombre.

—¡Ya lo creo! Ha sido criada en las gradas del trono.

—Como yo (dijo Esther), puesto que descendiendo del Olimpo.

—Sí, pero V. es Princesa y Reina á un mismo tiempo.

Desde la escena del teatro, había estado el

joven tan amable y decididor como de costumbre, pero no se había atrevido á probar fortuna de nuevo. Esther, que se había preguntado si la amaría, no dudaba ya de sus sentimientos, al ver las ardientes miradas que le dirigía; pero suspiraba al pensar que su nombre y su fortuna le impedirían casarse con una actriz.

Esther se había separado de su madre, y se había ido á vivir á un precioso nido del muelle Voltaire. Allí fué á verla M. de Ravigny; quiso contribuir con algo al decorado de la casa, y le envió algunas antiguas porcelanas y telas de la India para la tapicería de la alcoba.

—Mire V. bien esta tela (le dijo la joven), porque no la volverá V. á ver.

—¿Por qué?

—Porque ningún hombre entrará jamás en mi alcoba.

—Pero yo no soy un hombre, soy un amigo.

—No, no; un amigo de la víspera es un amante del día siguiente.

—¡Y bien! Si no quiere V. ni un amigo ni un amante, habrá que atravesar el umbral de la puerta con la antorcha del himeneo.

¿Hablaba en serio M. de Ravigny?

—¿Por qué no? (pensó Esther.) No es la primera vez (se decía á sí misma) que las actrices llegan á ser Princesas, Marquesas, Baronessas, mujeres del gran mundo. ¿No tenía las virtudes de

la esposa? ¿No poseía el genio que cautiva y arrebatada? Además, tenía fe en su estrella.

Los días pasaban, rebelándose sin cesar ante las amorosas tentativas de todos sus adoradores, que parecía que la habían convertido en el premio de una carrera, en la que tomaban parte hombres de diversas clases de la sociedad, desde algunos periodistas muy conocidos, hasta tres ó cuatro Príncipes, que querían aumentar con ella el número de sus conquistas. Pero apenas si se dignaba recibir los ramos que le arrojaban á la escena, y en los cuales apenas se fijaba cuando los llevaban á su cuarto. En su casa no quería ninguno que no fuese de M. de Ravigny.

Se consideraba feliz con los sacrificios que hacía á su pasión.

Había entrado en una existencia vertiginosa: tras un triunfo, otro triunfo. Echaba de menos sus tranquilas noches de otro tiempo, porque ahora, hasta el sueño mismo era intranquilo. Se levantaba, almorzaba á escape, corría al teatro para un ensayo ó una lectura, volvía á su casa, se vestía para hacer visitas, bien á los periodistas que habían hablado de ella, ó bien á las Duquesas que pagaban con un billete de quinientos francos cada una de las escenas que representaba en sus casas. Por la noche, si no trabajaba en el teatro, era en algún salón particular. ¡Necesitaba tanto dinero, para su madre,

para sus hermanas, y para ella misma! Hasta su hermana Valía le pedía todas las semanas cinco ó seis monedas de veinte francos, pues, sin saber por qué, tiraba el dinero, por decirlo así. Era una verdadera loca, á quien, gracias á su carácter alegre, se le perdonaba todo.

Ésta no parecía hija de su madre, aquella madre bíblica, inalterable en sus principios.

Bien es verdad que Valía no tenía principios. Quería vivir alegremente, á costa de los demás; debía entregarse, debía venderse; por eso, siempre había temido la señora Bonheur que arrastrara consigo á sus otras hermanas; así es que á todas horas las estaba aconsejando que no siguieran nunca el ejemplo de una hija que no era buena para nada.

Esther vivía, pues, con su arte y su amor, orgullosa con su talento, pero también de sentirse digna de sí misma, con la ilusión, constantemente acariciada, de que M. de Ravigny llegaría algún día á pedirle su mano.

—Después de todo (se decía), soy un partido digno de él, puesto que no tiene más que veinticinco mil libras de renta, y yo gano en el teatro y fuera otras veinticinco.

Había pasado ya el tiempo de los tres mil francos de sueldo. Se habían apresurado á hacerla socia, para tenerla como propiedad del teatro.

—Socia (dijo un día á su amigo); esos son ya cuatro cuarteles de nobleza: concluiré por igualarme á V.

Una noche, que comía en su casa, en compañía de un periodista célebre y un actor no menos célebre, se aproximó á ella, y le dijo al oído:

—Tengo que dar á V. una buena noticia.

Había estado tan alegre, tan contento durante la comida, que Esther no dudó ni un momento que la noticia fuese buena.

Cuando se quedaron solos, á eso de las once, pasó Esther á su alcoba para buscar cigarrillos. El joven la siguió.

—¡Oh! ¡oh! (exclamó ella); penetra V. en el recinto sagrado.

—Sí (contestó él); pero pronto verá V. que no corre ningún peligro.

IV.

Esperanzas perdidas.

La chimenea de la alcoba estaba encendida. Esther aproximó un sillón.

—¡Tomad asiento, si os place! Aquí, señor y dueño, estás en tu casa.

El joven se sentó, y ella se arrodilló para encenderle un cigarro.

—¡Estás encantadora, Esther! ¡Te has puesto muy bonita, picarilla!

—¿No es verdad que sí? Pues bien: á ti te lo debo todo, pues tu recuerdo es el que me ha hecho como soy.

—Cállate, seductora; yo no he hecho nada para eso. Más bien me has metamorfoseado tú á mí. Cuando yo te conocí, andaba siempre á salto de mata, y tú me has mostrado el camino del deber.

—Y bien; tu deber es amarme.

—Sabes muy bien que nosotros nos amaremos en vida y en muerte.

El secretario rodeó con un brazo el cuello de la actriz.